



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los últimos premios Nobel de Hispanoamérica y sus laberintos

Autor: Hernández de López, Ana María

Forma sugerida de citar: Hernández, A. M. (1991). Los últimos premios Nobel de Hispanoamérica y sus laberintos. *Cuadernos Americanos*, 2(26), 45-56.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año V, núm. 26, (marzo-abril de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS ÚLTIMOS PREMIOS NOBEL DE HISPANOAMÉRICA Y SUS LABERINTOS

Por *Ana María* HERNÁNDEZ DE LÓPEZ
MISSISSIPPI STATE UNIVERSITY

... congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan perfecto y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. La obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres.

Jorge Luis Borges,
Los dos reyes y los dos laberintos

CON ESTE epígrafe, que no deja de ser alusivo al tema que nos ocupa, empieza Belisario Betancur un breve artículo titulado "García Márquez en el laberinto del general". Es un artículo publicado cuando todavía no había aparecido la obra, y deja ver la impresión que causó en el ex presidente colombiano la novela repleta de documentos históricos.

El juicio que de Gabriel García Márquez ha hecho la crítica de los últimos treinta años —salvo excepciones, como siempre—, se vio confirmado en 1982 con la concesión del Premio Nobel de Literatura. Desde entonces, como si se sintiera más que nunca obstinado en su labor literaria, ha seguido produciendo una narrativa capaz de acaparar a los lectores del mundo entero que admiran cada vez más el arte del genio colombiano.

Si *El general en su laberinto* fuera una obra anónima, el lector de sus otras novelas y cuentos (ahora mismo recuerdo *Crónica de*

una muerte anunciada porque la acabo de releer), no tendría ninguna duda para hacer desaparecer el anonimato. El estilo, el tono, el simbolismo, las exageraciones, las fiestas, las costumbres, las contradicciones, y multitud de giros que no viene a cuento enlistar en este momento, no podrían ser de otro escritor.

Como pieza literaria la obra no tiene nada objetable:

El estilo es de órdago. El idioma hermosamente manejado. La prosa tersa, límpida, musical. La lectura de estas páginas deja en el lector la sensación de que ha repasado un largo poema cuyos versos quedan vibrando largo tiempo en el ánimo de todos.¹

Pero ahora, García Márquez, a quien siempre le gusta novelar episodios reales, más o menos próximos en el espacio y en el tiempo, no sólo ha seguido la misma táctica, sino que la ha llevado a sus últimas consecuencias al introducir en su relato a uno de los personajes más destacados de la historia hispanoamericana de todos los tiempos: Simón Bolívar. No extraña, pues, la afirmación de un crítico de que esta novela

es una de las aproximaciones posibles a la nueva obra narrativa de García Márquez. Si el escritor declaró en su día que nunca ha escrito una línea no emparentada con la realidad, en esta ocasión está más emparentada que nunca hasta el extremo de que el lector duda de forma constante sobre si está leyendo novela o historia.²

El Nobel colombiano presenta a Bolívar en su último y escalofriante viaje, con un reducido séquito, desde Bogotá a Santa Marta, sumido infinitas veces en un laberinto de soledad, en un laberinto de amargura y de derrota una vez que empezó a pensar en renunciar a su puesto. Dice respecto de sus acompañantes: "lo que no podían soportar era la incertidumbre que él les había ido infundiendo desde que tomó la decisión de abandonar el poder, y que se hacía más y más insoportable a medida que seguía y se empanataba aquel viaje sin fin hacia ninguna parte".³

¹ Mario Briceño Perozo, "El Bolívar de García Márquez", en *El Univer* *sal*, 23 de abril de 1989, p. 4.

² Pedro Sorela, "García Márquez recrea en Bolívar, protagonista de su última novela, el desencanto tras el poder", en *El País*, 20 de marzo de 1989, p. 19.

³ Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Bogotá, La Oveja Negra, 1989, p. 168.

El colombiano cuenta con lujo de detalles cómo "la primera jornada había sido la más ingrata" (p. 45), cuando se marchó como quien se escapa de un lugar en donde, cuando en otras ocasiones había llegado, se habían celebrado las más espectaculares fiestas.

Es evidente que el Libertador, que luchó toda su vida por la unidad del continente hispanoamericano, se sintiera defraudado, solo y afligido en ese itinerario que sabía muy bien que no recorrería nunca más. Sus largos años de infatigable trabajo habían sido coronados por la derrota. Dice Montalvo que

en varias épocas de la guerra, no contó con el menor recurso, ni sabía dónde ir a buscarlo; su amor inapelable hacia la patria, ese punto de honra subido que obraba en su pecho, esa imaginación fecunda, esa voluntad soberana, esa actividad prodigiosa que constituían su carácter, le inspiraban la sabiduría de hacer factible lo imposible; le comunicaban el poder de tornar de la nada al centro real.

No es extraño que su secretario irlandés O'Leary, cuando escribió los treinta y cuatro tomos de memorias del general que recuerda haber visto el ex presidente colombiano, tomara como epígrafe para la gran obra una línea de una carta que Bolívar escribió al general Santander, en 1823: "Parece que el demonio dirige las cosas de mi vida".⁵ Posiblemente en alguno de esos tomos podríamos leer: "Yo no puedo vivir —escribía a O'Leary— bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas".⁶ En otra carta escrita a Castillo Rada en un tono casi suicida poco antes de salir de Bogotá, le dice: "Aseguro a usted, mi querido amigo, que nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es un oprobio".⁷

Y es que García Márquez se deleita presentando los últimos años de sus viejos protagonistas, envueltos en el abandono, en la incomunicación, en la soledad; la soledad de la esperanza frustrada co-

⁴ Juan Montalvo, *Siete tratados*, París, Imprenta Paul Dupont, s.f.

⁵ Cit. por Belisario Betancur, "García Márquez en el laberinto del general", en *El País*, 13 de marzo de 1989, p. 19.

⁶ Cit. por Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1987, p. 541.

⁷ Daniel Florencio O'Leary, *Cartas de Bolívar*, t. IX, p. 227.

mo en *El coronel no tiene quien le escriba*, que se repite cuando en este último viaje, el general, que llevaba esperando carta de Manuela Sáenz quién sabe cuántos meses, "Dándole largas al tiempo, entre un correo y otro, se quedó veintinueve días en Turbaco" (p. 150). Otras alusiones a su paciencia saltan a menudo en la novela como cuando, después de haber dictado al coronel Wilson una carta pidiendo un pasaporte nuevo para abandonar el país, esperó con disimulada ansiedad cada día, hasta que, cansado al fin, se le oye exclamar: "diciembre ya, y seguimos en las mismas" (p. 242).

En su última novela García Márquez da a esta soledad un carácter más sombrío, porque el general no está solo, y *este no estar solo* dificulta más el confuso y enmarañado viaje de Bolívar hasta meterlo en una encrucijada laberíntica de la que por sus propias fuerzas no puede salir. El general va paso a paso reflejando su desdicha en los que le acompañan en un *via crucis* que parecía que no iba a acabar.

La verdadera historia dice que "el mismo día de su renuncia (el 20 de enero de 1830), Bolívar declaró en una proclama a los colombianos: 'Hoy he dejado de mandaros' y sin esperar a que el Congreso eligiera nuevo Presidente, quiso separarse del poder".⁸

En ese momento, el Libertador se encuentra en la encrucijada de tres tiempos: pasado, presente y futuro; un pasado glorioso, un presente de derrota y de ignominia, y un futuro incierto, sin esperanza; esto coincide con algo de lo que Octavio Paz está seguro y repite con cierta frecuencia: que el hombre, todos los hombres, estamos inmersos en algo íntimo y definitivo que afecta totalmente nuestro presente, nuestro pasado y nuestro futuro. Lógicamente, esta inmersión del hombre en los tres tiempos no abarca toda la vida de la persona; cada hombre tiene momentos o períodos más o menos largos envueltos en la maraña de la indecisión, y a Bolívar justamente le tocó lo peor en el ocaso de su vida, aunque no precisamente en su senectud. Desde que renuncia a la presidencia hasta que emprende su último viaje vive en Bogotá, de donde sale el 8 de mayo para llegar a Santa Marta el 1 de diciembre en lamentable estado de postración. El día 6 se traslada a la quinta de San Pedro Alejandrino, propiedad de un español, y allí fallece el 17 de diciembre.⁹

⁸ Augusto Mijares, *op. cit.*, p. 539.

⁹ Vinicio Romero Martínez, "Sucinta cronología de Bolívar" en *El general en su laberinto*, p. 284.

El Libertador vive "sus últimos días viejo y desengañado, acurrucado en su bañera con un inmenso sueño roto: el de una América unida, fuerte, hermana de ella misma en los confines de Occidente".¹⁰

Aunque la distancia entre un narrador o un cuentista y un poeta o un ensayista es inconmensurable, en ciertas ocasiones los extremos se tocan, y así no es difícil, en algunas páginas de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz ver el retrato de *El general en su laberinto* narrado por García Márquez. "El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo del que fuimos arrancados, es nostalgia de espacio" dice Paz.¹¹ Eso mismo manifiesta el general cuando se siente desgajado del proyecto de toda su existencia, de su gran sueño, y erradicado de un espacio que antes le fuera tan querido. "Vámonos", dice en la primera página de la novela a José Palacios, "Volando porque aquí no nos quiere nadie". Soledad, incomunicación, orfandad, son realmente experiencias del vacío.

Indudablemente en Octavio Paz concurren el poeta y el filósofo, "poeta del ser y filósofo de la existencia para el que la poesía es entrar en el ser".

La obra del último Nobel, *El laberinto de la soledad*, está enmarañada en una profusión de *soledades* que van destacando en cada uno de los ocho capítulos que forman el libro.

Octavio Paz presenta en seguida en forma laberíntica el despertar de México con sus distintas razas y lenguas, con sus variados niveles históricos:

Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven "católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria" . . . Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía (p. 11).

En "Estos fueron los palacios", dice Fuentes que "el origen antiguo de México nace del desmembramiento, de la ruptura de la realidad, en ese caso una madre totalmente desmembrada por sus hijos, sus pedazos lanzados al universo, al cosmos, al vacío, y de ahí la obligación humana de reconstruir el origen, de reconstruir la unidad".

¹⁰ Osvaldo Soriano, "Un sueño suramericano", *El País*, 27 de julio de 1989.

¹¹ *El laberinto de la soledad* (1949), México, FCE, 1973, p. 87.

Es interesante la descripción que el Nobel mexicano hace de los pachucos, los jóvenes de origen mexicano que viven en el Sur de Estados Unidos (aquí los llamamos chicanos). Todo en ellos es "impulso que se niega a sí mismo, nudo de contradicciones, enigma", y nosotros añadimos: laberinto. Sin embargo, esto es así porque ellos quieren; es verdad que la sociedad norteamericana los rechaza, pero no lo es menos su voluntad de ser distintos, de no mezclarse con los del Norte, de ser mexicanos. Aquí empieza su soledad, una soledad más profunda que su sentimiento de inferioridad.

Hay suficientes indicaciones en la obra de que "las circunstancias en que fue escrita, el contacto con los Estados Unidos, el choque cultural que significan esos dos años vividos en medio de una cultura tan diferente de la de México o de España, y, más tarde la experiencia surrealista de París" han dejado su huella en el libro.¹² En *El laberinto* Paz ve a México desde el exterior y de esa manera puede comprender sus reacciones, su forma de actuar:

Y debo confesar que muchas de las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. Esa imagen, destacada sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos, fue la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dio ese país a mis preguntas. Por eso, al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte (p. 12).

Es curioso que tanto Paz como García Márquez escriben desde fuera de sus respectivos países los libros que tenemos entre manos, desde fuera los dos profundizan más en la esencia de sus estudios; es curioso también que un filósofo y un narrador coincidan en diversos aspectos. Los dos profetizan sobre el futuro de la América hispana, los dos aluden a diversas supersticiones propias de Hispanoamérica, los dos incurren en contradicciones de vez en cuando; por supuesto, en diversas repeticiones, y... ya no me atrevo a decir, mentiras.

Si la obra de Paz empieza con el descubrimiento, la conquista

¹² Emir Rodríguez Monegal, "La muerte como clave de la realidad mexicana en la obra de Octavio Paz", Alfredo Roggiano ed., *Octavio Paz*, Madrid, Fundamentos, 1979, pp. 131-132.

y la colonización de México, envuelve también una serie de factores que el mexicano tiene que resolver frente a una maraña de acontecimientos que se van sucediendo y que van configurando el laberinto de su soledad. La soledad es universal, es el "fondo de donde brota la angustia" (p. 73), y empezó el día en que salimos a la vida. "El mexicano no quiere ser ni indio ni español. Tampoco quiere descender de ellos, los niega" (pp. 78-79). Se quiere volver hijo de la nada, hijo de la soledad, y tiene una conciencia viva de esa soledad tanto histórica como personal.

Ahora, al recibir el Premio Nobel, Paz no tiene inconveniente en afirmar que "si los españoles quieren conocer lo que es México, deben leer literatura hispanoamericana y me atrevo a sugerir que también *El laberinto de la soledad*. La historia de México es incomprendible sin España", dijo ayer.¹³

Venimos observando que buena parte de la obra de Octavio Paz está dedicada a la reflexión sobre la identidad mexicana, en ese sentido *El laberinto de la soledad* es determinante.

El texto proyecta en forma repetitiva diversas imágenes de la muerte y de la soledad, del aislamiento. En "El desconocido" de *Libertad bajo palabra* (poesías publicadas entre 1935 y 1957), el título presenta ya la alusión al hombre inmerso en la soledad que, a veces, llega a ser un símbolo de muerte. Desde el primer momento tenemos lo conflictivo entre lo real y lo imaginario, lo laberíntico, que está dado por los espejos al refractar su acumulada negrura.¹⁴

Dice Emir Rodríguez Monegal que

el humor macabro y los ritos de la muerte impregnan la sociedad mexicana desde sus orígenes, y [se dice] que "son hábitos heredados de indios y españoles". Por otra parte se afirma que el culto de la muerte no es simplemente un culto a la destrucción sino a la vida, y se le vincula con el apetito erótico.¹⁵

Interesa recordar que *El laberinto de la soledad* se gesta a raíz del estallido de la bomba atómica que destruye las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, de ahí "que el tema de la muerte individual o colec-

¹³ Cit. por Alberto Montagut, "Octavio Paz, Nobel de Literatura, en *El País*, 15 de octubre de 1990, p. 18.

¹⁴ Ana María Hernández de López, "La noche como sinónimo de soledad en 'El desconocido' de Octavio Paz", en *Cuadernos Americanos* (México), 229 (1980), pp. 223-227.

¹⁵ Emir Rodríguez Monegal, *op. cit.*, p. 135.

tiva, y sus profusos símbolos aztecas o cristianos, estén decisivamente presentes en él".¹⁶ Kenneth M. Taggart alude a la afirmación de Octavio Paz de que la obsesión con la muerte en la civilización y cultura aztecas llegó a expresarse en dos deseos antagónicos en el carácter y en la personalidad: el deseo de vivir en lucha con el de morir. Dice que prevalece el último cuando los aztecas se dejan conquistar por los españoles.¹⁷ Y añade una cita de Paz:

El instinto de la muerte y el de la vida disputan en cada uno de nosotros. Esas tendencias profundas impregnan la actividad de clases, castas e individuos, y en los momentos críticos se manifiestan con toda desnudez. La victoria del instinto de la muerte revela que el pueblo azteca pierde de pronto la conciencia de su destino.¹⁸

Octavio Paz comenta en *El laberinto* la importancia del Día de Muertos y habla de la elaboración de figuras con cierto valor artístico que se venden en esa fecha:

Calaveras de azúcar o de papel de China, esqueletos coloridos de fuegos de artificio. . . Adornamos nuestras casas con cráneos, comemos el día de los Difuntos panes que fingen huesos y nos divierten canciones y chascarrillos en los que ríe la muerte pelona (p. 53).

Sin embargo, dice el ensayista que todos nos seguimos preguntando qué es la muerte.

En *La muerte de Artemio Cruz*, Carlos Fuentes recuerda *El laberinto de la soledad*; las palabras de Paz de que la muerte nos venga de la vida y se convierte en "unos huesos mondados y una mueca espantable" (*loc. cit.*) nos traen a la memoria las palabras que Fuentes pone en la boca de Artemio Cruz; quien haya leído a Carlos Fuentes recordará estas mismas palabras. Sin embargo, cuando Paz habla de los criminales y estadistas modernos (y parece que excluye a los mexicanos), dice que "en los campos de concentración primero se degrada al hombre; una vez convertido en un objeto se le extermina en masa" (p. 54), juicio que coincide con el de Fuentes en *Gringo viejo*, pero en este caso referido a los campos de México, donde muere el gringo. Estas ideas hacen "más intolerable y total la infinita soledad del victimario" (p. 55).

¹⁶ *Ibid.*, p. 134.

¹⁷ Kenneth M. Taggart, *Yáñez, Rulfo y Fuentes: El tema de la muerte en tres novelas mexicanas*, Madrid, Playor, 1982, p. 21.

¹⁸ Cit. por Kenneth Taggart, *op. cit.*, pp. 21-22.

Cuando Fuentes presenta al Gringo Viejo en México, nos lo hace ver también inmerso en la soledad. ¿No será éste el patrimonio que lleva consigo el ser humano cuando se transtierra? Paz describe "la soledad del mexicano bajo la gran noche de piedra de la altiplanicie", como distinta de la del hombre del Norte extraviado en un mundo abstracto de máquinas en el que se mira como en su propio espejo. Dice José Gorostiza que al norteamericano sus creaciones ya no le obedecen y que también "está solo entre sus obras, perdido en un páramo de espejos". Para Paz el mexicano necesita "vivir a solas, sin testigos. Solamente en la soledad se atreve a ser" (p. 64). En su obra se mastica esta soledad, esta falta del comunicación entre los hombres y, sobre todo, la búsqueda del ser.

En *El llano en llamas*, obras que data de los mismos años que *El laberinto de la soledad*, Juan Rulfo coincide con Paz cuando hace que sus personajes *se levanten de hombros*, como queriendo buscar una respuesta, o simplemente una explicación, ante el fenómeno de la soledad y de la muerte. En *El laberinto*, Octavio Paz asegura que "ante la muerte, como ante la vida, *nos alzamos de hombros* y le oponemos un silencio . . ." (p. 57). Este silencio de Paz alude a otra de las soledades que forman su laberinto.

Sería imposible estudiar en un solo artículo las aplicaciones filosóficas que se destacan a lo largo de toda la obra: el empleo de la violencia como recurso dialéctico, los abusos de la autoridad, la mujer sólo como reflejo de la voluntad masculina, la resignación del pueblo, tantas veces mostrada (pp. 64-65).

Realmente la originalidad de la teoría de Paz es una invitación a la meditación. Pero ¿cuál es el antídoto contra la soledad, contra la angustia, contra el exilio? Para Mempo Giardinelli, los recuerdos de una situación mejor, de un país mejor, de una infancia y una adolescencia más afortunada. Pero, desgraciadamente esa solución no está al alcance de todos.

Cuando Paz fue galardonado con el Premio Nobel, una de las primeras respuestas que dio a un grupo de periodistas, representantes de los medios comunicación de todo el mundo, fue que si bien la literatura rusa y angloslajona dominaron la última parte del siglo XIX y la primera del XX, ahora le ha tocado el turno a la hispanoamericana".¹⁹

En un artículo de un redactor de *El País* titulado "Cela: Se lo merece", el Nobel del año pasado ve en la concesión del Premio

¹⁹ Alberto Montagut, *op. cit.*, p. 18.

a Octavio Paz no sólo "el triunfo de un gran escritor (sino también) el triunfo de la lengua española. . . Si en política los hispanos tuviéramos la categoría que tenemos en literatura seríamos una superpotencia, pero desgraciadamente no es así".²⁰

Por su parte, Mario Vargas Llosa subraya "lo que significa que el premio haya recaído en la lengua española dos años seguidos. Eso habla de la vitalidad de nuestro idioma" (p. 19).

Arturo Uslar Pietri, el venezolano que consiguió el Premio Príncipe de Asturias recientemente, tiene parecidas palabras para el Nobel cuando dice que "reafirma el poder y la importancia de las letras castellanas" (p. 19).

Por fin, Guillermo Cabrera Infante, en "Un poeta americano", señala que "Paz está a la altura de Darío como poeta, y como Martí es un intelectual americano" (p. 20).

El mismo Paz afirma que recibir el Premio Nobel de Literatura "demuestra la enorme vitalidad y variedad que poseen hoy las letras de América Latina". Negó que el Premio Nobel fuese la realización de un sueño. "Yo siempre he pensado, siguió diciendo, que los premios son un gran estímulo para los escritores pero el gran premio son los lectores". (*loc. cit.*).

Como toda persona que se destaca, el mexicano ha tenido y tiene muchos adversarios. cuando recibió el Premio Literario de Frankfurt, Paz, en su discurso, se refirió a "la falta de democracia en la Nicaragua sandinista".²¹ La reacción en México fue instantánea y masiva, llegaron insultos de todo tipo y por todos los medios, hasta el extremo de que un grupo convocó a una manifestación frente a la Embajada estadounidense, y gritando todos a la vez "Reagan, rapaz, tu amigo es Octavio Paz", quemaron la efigie del poeta.²² Este mismo año con ocasión del Encuentro "El siglo xx: La experiencia de la libertad" gran parte de la prensa mexicana levantó una campaña permanente contra el futuro Nobel, rompiendo todas las formas posibles de adjetivación; sin embargo, todos juntos no podrán hacer nada para desvirtuar u opacar e incluso ignorar el reconocimiento mundial a su compatriota"; "un pensador y un poeta odiado por casi todos pero ahora exaltado, encumbrado y reconocido ante el mundo".

²⁰ *El País*, 15 de octubre de 1990, p. 19.

²¹ "Ni tequila ni champaña para celebrar", en *El Norte* (México), 12 de octubre de 1990, p. 6-A.

²² Enrique Krauze, "Octavio Paz: Hombre de su siglo", en *El Norte*, 12 de octubre de 1990, p. 2-A.

En cuanto a la obra de García Márquez, podemos repetir las palabras de Belisario Betancur, quien que está seguro de que "*El general en su laberinto* va a entrar en la historia, con todo y sus invenciones, porque es un héroe creíble, palpable y humano; y, por tanto, le va a gustar a la gente, a pesar de que es un relato doloroso y lleno de tristeza, toda documentada" . . . Ciertamente es un relato posible "que el autor convierte en verdad no sólo porque tiene credibilidad, sino porque su creador hace que se vuelva verdad con su toque de genio".²³

Citaremos también al propio Libertador en su *Discurso de Angostura*: "Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías".²⁴ Y para que no todo sea tan tétrico vamos a repetir las palabras con que termina Ritter su interesante artículo sobre esta novela:

Gracias, Gabo, por el libro con el que nos vuelves a hacer sentir orgullosos a todos los latinoamericanos. Gracias por haber traído de vuelta a la vida al Libertador, en momentos en que América Latina se debate entre la independencia y el sometimiento. Gracias por recordarnos que ayer hubo como hoy quienes "no han podido asimilar nunca la idea de que este continente fuera un solo país". Que "no son los españoles sino nuestra propia desunión lo que nos ha llevado de nuevo a la esclavitud". Y que "nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América". Gracias por haberle dado al general, que parecía condenado a ciento cincuenta años de soledad, una segunda oportunidad sobre la tierra.²⁵

Respecto de Octavio Paz, en cualquiera de sus obras se deja traslucir un deseo, el deseo de que el mundo despierte, se deja ver el firmamento, cual cóncavo espejo, para que la humanidad al contemplarlo perciba que tiene las manos vacías y perciba también su impotencia, su *nadidad*. Paz sitúa a sus personajes presos en su limitación, pero los alienta, quiere que sigan hacia adelante. El optimismo de Paz se evidencia. Es la fe ciega del mexicano en un futuro próximo de sinceridad y prosperidad, en el que el hombre pelee con los elementos que obstaculizan su camino hacia un mundo mejor.²⁶

²³ Belisario Betancur, *op. cit.*, p. 19.

²⁴ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, México, UNAM, 1978, p. 35.

²⁵ José Eduardo Ritter, "El 'General' de Gabo en Panamá. Segunda Oportunidad para Bolívar", en *El Tiempo* (Bogotá), 9 de abril de 1985, p. 5

²⁶ Ana María Hernández de López, *op. cit.*, p. 227.

En "La dialéctica de la soledad" con la que termina *El laberinto*, el reciente Premio Nobel de literatura asegura que

Toda sociedad moribunda o en trance de esterilidad tiende a salvarse creando un mito de redención, que es también un mito de fertilidad, de creación. Soledad y pecado se resuelven en comunión y fertilidad. La sociedad que vivimos ahora también ha engendrado su mito. La esterilidad del mundo burgués desemboca en el suicidio o en una nueva forma de participación creadora. Tal es, para decirlo con la frase de Ortega y Gasset, el "tema de nuestro tiempo": la sustancia de nuestros sueños y el sentido de nuestros actos (p. 191).

Octavio Paz, para quien el hombre contemporáneo ha racionalizado los mitos pero no ha podido destruirlos, afirma que

El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento nos ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla, en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir, acaso, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizá, entonces, empezaremos a soñar otra vez con los ojos cerrados (p. 191).

El Nobel mexicano ve el amor como uno de los más claros paradigmas del instinto, que nos lleva a todos a ahondar en nosotros mismos, y, al mismo tiempo, a salir también de nosotros, para que nos abramos al mundo sabiendo lo que hacemos, y para que, bien despiertos, elijamos de vez en cuando la soledad como alivio, como relajamiento, pero, por supuesto, fuera de su laberinto.